

**LOS «PADRES
DE LA
HISTORIA»
EN CASTILLA
(1476 - 1688)**

Una revolución historiográfica
en la cultura europea

ALFREDO ALVAR EZQUERRA
GONZALO GÓMEZ GARCÍA
2020

CONTENIDO

PRÓLOGO

«Hitos» y «contextos» historiográficos.....	17
---	----

I PARTE

En los principios

· Dos apuntes antes de empezar: los fundamentos del oficio de cronista.....	27
· Dos apuntes antes de empezar: las fuentes historiográficas.....	34

II PARTE

Un «contexto» fuera de lo común: la Universidad de Alcalá

· Nebrija y la innovación de las ciencias auxiliares: La influencia de la historiografía humanista italiana.....	43
· La Universidad de Alcalá.....	53
· Rasgos administrativos del oficio de cronista real.....	66
· El contexto de Florián de Ocampo: los prolegómenos a Ambrosio de Morales (I).....	68
· Onofrio Panvinio y su influencia en España: los prolegómenos a Ambrosio de Morales (II).....	80

III PARTE

El «contexto» de la revolución historiográfica

· Ambrosio de Morales. La revolución epistemológica y el «laboratorio historiográfico» de El Escorial.....	105
· El contexto científico en la segunda mitad del XVI: las cartas entre eruditos y los demiurgos de la Historia.....	117
· El hito historiográfico de la apertura y creación de archivos y bibliotecas.....	137

IV PARTE

Un «hito» en la comunicación de la ciencia: Juan de Mariana

- El método de trabajo: Mariana fue un científico.....147
- La comunicación final de la investigación:
Mariana fue un divulgador.....156

V PARTE

El «contexto» de la paralización de la historiografía en el cambio de siglo

- Los que aportaron y algunos de los que
no llegaron a ser cronistas.....163

VI PARTE

Dos nuevos «hitos»: Nicolás Antonio y los *novatores*

- La crítica científica con Nicolás Antonio.....181
- El inicio de los nuevos cambios: los *novatores*.....183

EPÍLOGO.....193

ANEXOS.....197

PRÓLOGO

«HITOS» Y «CONTEXTOS» HISTORIOGRÁFICOS

«Un libro de historias sin principio, que comienza:
Dice el historiador...»¹

LA CREACIÓN HISTÓRICA, o la narración de la Historia en los tiempos que presentamos, se realizaba por cuatro tipos de individuos, atendiendo a su prestigio social:

En la cúspide estaban los cronistas reales, personajes a sueldo de la Corona, que habían llegado al oficio de diversas maneras, todas ellas con cierta dependencia cortesana. Algunos revolucionaron los métodos y la teoría de la Historia e incluso escribieron grandes obras, o las dejaron sin acabar porque la Parca se los llevó por delante; otros, escribieron obras de carácter teórico-metodológico, pero no libros

1. *Memoria de uno de los libros que quedaron en el arca de la librería de San Ildefonso después del expurgatorio de Gaspar de Quiroga*, Universidad de Alcalá, 1586 en AHN, Universidades, L. 686F, f. 44v.

de Historia propiamente dichos; de otros cuesta entender cómo llegaron a ser cronistas (sin duda porque hay falta de investigaciones).

Las instituciones, seculares o eclesiásticas, tenían sus historiadores de referencia, que no tenían por qué ser cronistas oficiales municipales o de la orden religiosa que fuera (es decir, no había nombramiento, pero sí encargos de obras o ayudas a la impresión de sus libros), pero que el ayuntamiento, o la orden, se dirigía a ellos cuando había que escribir sobre algo que destacara en la calidad de la institución social, o se usaban los textos que habían escrito pasados los años, como textos aún de obligada consulta, de necesaria lectura y de indiscutible veracidad.

En tercer lugar había historiadores sin más, narradores de «sucesos particulares» (usamos a propósito la exitosa fórmula de Simón Díaz) bien personales, bien colectivos, biógrafos, creadores de pasados genealógicos, narradores de batallas, guerras o tratados de paz; en fin descriptores de su tiempo o de lo que fuera menester, pero que aspiraban, por medio de sus escritos históricos, a avanzar en su *cursus honorum*, o en cualquier otro tipo de satisfacción personal, económica o intelectoespiritual.

En cuarto lugar, hubo historiósosofos, incluso teorizantes de la Historia que no habían escrito nunca historia, pero que sabían cómo había que hacerlo y se lo explicaban a los que estaban péñola en mano escribiendo o contestando cartas; sobre la mula, yendo y viniendo de archivo en archivo.

Sobre ese cosmos de hombres más o menos instruidos, ambiciosos, curiosos y con voluntad de que sus nombres fueran más allá del tiempo cronológico en el que vivieren, vamos a escribir en este libro.

Pero nos vamos a centrar solo y exclusivamente en estos que llamaremos a partir de ahora, los «Padres de la Historia» (como se llamó a Panvinio en su día, que todo tiene explicación). Aunque habríamos preferido dedicar el título a los «Demiurgos de la Historia», acaso habría sido comercialmente contraproducente.

Pero no nos habría faltado razón si hubiéramos hablado de «demiurgos», pues fueron como artesanos, a una materia prima amorfa o llena de impurezas y paja (digamos las fuentes «antiguas»), la fueron purificando y limpiando de impurezas (digamos la crítica de fuentes y la incorporación de otras nuevas) para preparar un barro al que se le dio forma y color (la nueva Historia) en la convicción de que perduraría por los siglos de los siglos pues era *ya* una historia bien escrita, sobre fuentes documentales o epigráficas indiscutibles, basada en la verdad y la razón y no en las leyendas.

Ellos fueron revolucionarios historiográficos. Fueron *demiurgos de la Historia*. Mas esa revolución intelectual que se planteó a mediados del siglo XVI, era de tal magnitud y de tal porte, había tanto que echar por tierra y tanto que levantar, que no hubo un triunfo lineal, sino que ya desde el propio final del siglo XVI de nuevo se fueron implantando otros métodos de hacer Historia (en ocasiones los viejos; en ocasiones unos nuevos con otras intenciones políticas), otros métodos

u otros objetivos, de tal forma y manera que, ciertamente, por décadas y durante el siglo XVII no se pudieron respirar aires nuevos y se volvió a citar a autores que algunos creyeron desterrados del horizonte historiográfico, de las citas, medio siglo atrás... y ¡ay Cervantes y su brutal ataque contra la erudición vacua y la pedantería!

En fin: ese fue el dilema: ¿«Padres» o «Demiurgos»? Ojalá estuviéramos en cualquiera de nuestros Siglos de Oro, para que el título del libro fuera de una manera en el «Prólogo», de otra manera en la «Aprobación» e incluso en la «Tasa», y finalmente de otra, en la «Portada». Así habríamos tenido sitio para ponerle cualquier título provisional, a expensas de lo que el impresor, o el mercader de libros que financiara la edición, decidiera el final.

Antes de publicar su famosa obra sobre la historia de la historiografía en España², Sánchez-Alonso se planteó el problema de cómo fijar los límites de la historiografía y las razones por las que incluir a unos autores en su síntesis, y a otros no³. Era –y es– cuestión de gran complejidad, que él solventó mediante la estructuración en bloques de sus autores, según la naturaleza de sus historias. Su obra tuvo numerosas reseñas, como la de Ezquerro (1944), que indicó claramente la imposibilidad de hallar un método objetivo –casi matemático– que diera plena y satisfactoria respuesta a ese problema, al de la selección de los incluidos o de los excluidos. ¿A quiénes vamos a incluir y a quiénes vamos a excluir?

Ni vamos a hacer una historia de los historiadores, o de la historiografía de nuestros Siglos de Oro, ni de los cronistas reales, ni de los cronistas de Indias, ni de los historiadores locales.

Nuestra intención, en el presente estudio, no es ni completar ni perfeccionar las obras de Sánchez Alonso, ni la de Fueter⁴. Tampoco hacerlo sobre la revisión que publicaron Mitre, Blázquez, Sánchez-Marcos y Cuenca Toribio y analizados con acierto por José Andrés Gallego⁵ (por poner algunos ejemplos sueltos), o re-interpretar obras de otros autores que realizan hoy esfuerzos por acercarse a la historiografía española, o castellana.

Así que, primero: vamos a escribir sobre los que intentaron y lograron, aunque por tiempos indeterminados, cambiar la metodología histórica.

Segundo: las fechas inicial y final de este libro tienen su razón de ser: en 1476 se nombró como cronista real a Juan de Flores. En 1688 el gran Luis Salazar y Cas-

2. B. Sánchez-Alonso, *Historia de la historiografía en España*, I, II y III, Madrid, 1944-1947.

3. B. Sánchez-Alonso, "El concepto de la historiografía española", *Hispania*, 11, 1943, 179-194.

4. E. Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, Buenos Aires, 1953.

5. J. Andrés-Gallego, *Historia de la historiografía española* (Nueva Ed.), Madrid, 2004.

tro publicó sus *Advertencias históricas...*, a los pocos años de haber muerto otro monstruo del saber como fue Nicolás Antonio (1617-1684)⁶.

Tercero: vamos a situar a los cronistas en sus «hitos» y en sus «contextos». Por hitos entendemos los fenómenos que influyeron de manera decisiva en la ciencia de historiar, como fueron hallazgos de documentos o publicaciones de fuentes inéditas. Por contextos entenderemos los factores que influyeron en los cronistas, y que sirvieron para generar las obras que más peso han tenido historiográficamente en la España de los Austrias. Esos contextos arrancarían, por decirlo así, con las primeras letras recibidas por cada autor, o el nivel de formación académica de cada uno (habitualmente altísimo), así como el medioambiente social en el que se desarrollaron sus vidas.

Gracias a las cartas, lecturas, intercambios de manuscritos y de obras impresas, reuniones, proyectos bibliográficos, las influencias en los historiadores fueron muy diversas, naturalmente. Pero al mismo tiempo que recibían influencias, crearon aportaciones historiográficas. Como toda realización cultural, el camino fue de ida y vuelta.

Según la personalidad, o las circunstancias en que transcurrió su vida, o la incidencia pública de sus libros, cada uno de ellos tuvo mayor o menor fuerza o presencia en su «contexto».

Además, hubo historiadores más científicos y los hubo más eruditos. Vamos a diferenciar al historiador-científico del puramente erudito. El primero sería el que usó un método de observación de fuentes, hizo acopio de saberes anteriores a su época, cotejó documentos, buscó su fin último –que es la verdad histórica– mediante el uso de ciencias auxiliares que ayudasen a reconstruir lo que las fuentes escritas no llegaban o no explicaban con suficiente validez. Su objetivo intelectual era escribir Historia, planteándose qué eran la Historia y el escribir. Es decir, proponiéndose retos de método y teoría de su disciplina, o de su quehacer. Son nuestros demiurgos.

Por su parte, el erudito era la pureza del *homo humanitas*⁷.

En cierto modo, Ambrosio de Morales, que revolucionó el método de observación, recopilación y transmisión, fue un científico. Otros, incluso cronistas reales del mismísimo Emperador, y hasta paradigmas del hombre humanista por sus sa-

6. Luis de Salazar y Castro, cronista de Carlos II, *Advertencias históricas sobre las obras de algunos doctos escritores modernos*, Madrid, 1688.

7. Una descripción más amplia de este concepto en A. Alvar Ezquerro, *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*, Madrid, 2014, 25-30.

beres grecolatinos, fueron cronistas-eruditos dispuestos a escribir una historia de su tiempo objetiva, sin plantearse mucho más.

Casi todos los autores publicaron sus obras; pero, sin embargo, otros las dejaron inéditas. Los hay que escribieron más bien poco. El pulso de la historiografía también estuvo en esos manuscritos no publicados entonces –y sí siglos más tarde–. Pero es evidente que un autor pudo dejar –o le hicieron dejar– su obra inédita y, sin embargo, influyó en el contexto y en las obras de otros autores, porque se conocían personalmente, constituían grupos de pares, se escribían cartas, se mandaban borradores, comentarían las censuras de libros de unos u otros, criticarían las apologías, correrían mil y una referencias indirectas, se juntarían en tertulias de las que acaso dejaron constancia, se visitaban, o iban a visitar al viejo maestro a su casa de retiro o recreo, o incluso hubo amistad y enemistades. Todo ello no son datos baladíes.

Como tampoco deben ser tenidos por baladíes los mejores textos que más información directa y menos especulativa nos pueden ofrecer sobre el pensamiento de cada autor: los prólogos de las crónicas e historias⁸. Estos nos ofrecerán la mejor visión de las inquietudes historiográficas: carencias, problemas, autores, fuentes, soluciones y métodos científicos. Podremos observar su evolución desde finales del XV hasta 1684, con la muerte de Nicolás Antonio.

Como el lector podrá comprobar, los contextos historiográficos que nos han alimentado este libro, son de origen autóctono, pero también italiano. La fuerza de Italia estuvo muy presente en el «laboratorio historiográfico» que fue El Escorial. Era la segunda vez, o seguía siendo la primera vez y sin interrupciones, de la enorme presencia de Italia en España.

De esta manera, ahondamos en las propuestas de Fontán sobre su Humanismo romano, cuando nos habló de las clasificaciones del humanismo español, de las influencias y realizaciones, desde el humanismo procedente de Flandes, moralista, de la introspección religiosa; al que vino de Italia, anterior al flamenco, político, de la exaltación de las glorias biográficas, históricas y culturales nacionales.

En este libro recuperamos, entre otros, a un historiador italiano olvidado por completo en los estudios sobre historia de la historiografía española. Se trata de Onofrio Panvino, natural de Verona. A mitad del siglo XVI, se enfrentaron sus concepciones de la Historia con las *Centurias de Magdeburgo*, luteranas.

Las *Centurias de Magdeburgo* daban nombre al esfuerzo de los reformados por demostrar que, en la línea del decurso de la Historia de la religión, el tronco siempre fue desde Cristo (o antes) al luteranismo, siendo el papismo, el catolicismo,

8. Un estudio de los prólogos dedicados a la monarquía de los Siglos de Oro en *ib.*, 229-250.

una intromisión, una cuña, que alteró aquella historia. Ante semejante disparate historiográfico, había que plantar cara. En España se asumió el reto y se caminó por el camino que marcó intelectualmente este Onofrio Panvino.

Para salir exitosos del enfrentamiento cultural, era necesaria una revolución epistemológica y una ampliación del conocimiento de los hechos históricos, que además fueran contrastables. Así, la sola narración de los hechos que apeteciera narrar (la que podríamos considerar la historia vetusta), tuvo que abandonarse y hubo que dar paso a otra científica y no imaginativa con sólidas bases teórico-metodológicas (con Ambrosio de Morales a la cabeza) y con la búsqueda de una historia eclesiástica específicamente hispana, y también con una historia escrita desde abajo, desde cada pueblo para dar grandeza a la nación de los naturales.

Sin embargo, las circunstancias políticas de finales del reinado de Felipe II –sobre todo los derechos de sucesión al trono de Francia– y la aparición en escena de Esteban de Garibay, ya como cronista real, con sus singulares concepciones del quehacer del historiador, dieron un vuelco a aquel contexto, de tal forma que con Felipe III, se produjo de nuevo una unión al uso del siglo XV entre historia y monarquía en la que la paráfrasis o explicación religiosa, como en el siglo de las crónicas castellanas, sustituyera al epítome o la síntesis humanista. Es curioso como al tiempo que el cronista real servía a los intereses políticos, otro incómodo intelectual el padre Mariana, daba a los tórculos su magna *Historia de España*, primero en latín e inmediatamente en español. Por cierto, todo traducido y copiado a mano, con aquellas plumas y velas. Sin Word, decimos.

Así que la senda historiográfica tuvo una interrupción en su modernización. De esa crisis, de esa incapacidad de hacer buena historia, fueron conscientes en sus tiempos: de ahí la necesidad de constituir una «Junta de cronistas» (Páez de Castro) que al fin escribiera comunalmente una Historia de España y que se publicara, como historia oficial.

Sin embargo, no será hasta el final del reinado de Felipe IV cuando el panorama cambie. En esta ocasión, los personajes clave fueron Nicolás Antonio, y después Salazar y Castro los cuales volverán al anhelo científico con una amplia purificación de fuentes, crítica de textos y reelaboración de la Historia de España.

Hubo cronistas e historiadores que trataron la Historia como un Arte, al uso de autores clásicos como Cicerón, Tito Livio o Salustio. Paulatinamente fue abriéndose paso la idea de que se podía escribir Historia, como diríamos hoy en día, con un método científico. Ellos, claro está, no se planteaban semejante paso intelectual. Pero ellos, por sus métodos y fuentes, por su capacidad de revolucionar un conocimiento descriptivo y dotarlo de un método, fueron los que marcaron los hitos. Los vetustos de los que hablábamos antes, exaltaron la idea de la Historia como *Magistra vitae*, y a su manera enfrentaron imágenes del pasado con las de su pre-

sente, como un *speculum*, y así quisieron aprender de las guerras del Peloponeso, o trataron la historia nacional como una historia eclesiástica al uso de la patrística de los primeros siglos de nuestra Era.

Aunque qué duda cabe, para ellos la retórica era esencial (¡algunos cronistas eran profesores de retórica!), esa disciplina no era un fin en sí misma. Los historiadores que denominamos científicos o que en tiempos de la Ilustración serían los críticos, iban mucho más allá del cómo exponer sus ideas, sus vivencias, sus escenas.

Mas para todo ello había que comer. Para comer había que ganarse el sueldo. Para ganarse el sueldo había que *ser* y había que *estar* en los lugares y momentos oportunos. Ya es hora de ir escribiendo una historia social de los cronistas y de los historiadores. Es otro de los objetivos de nuestro estudio: dar luz a la vertiente social del oficio, o de la afición, por historiar.